

Soneto de

AMOR

Por tierras castellanas, en tren...

Tú ya sabes, Amor, que esta llanura
es como un corazón adormecido,
igual que un corazón que gime, herido,
ante el beso fugaz que no perdura.

Tú ya sabes, Amor, que cada hondura
acrecenta la fuerza del latido
y que cada dolor tiene un sonido
para crecerse frente a la amargura.

Y yo te quiero agreste como el monte,
furiosa como el viento o el torrente
para tenerte, Amor, a mi manera...

Porque ya ves: Buscar el horizonte
es como el beso que se da en la frente
sabiendo que es la boca la que espera.

MANUEL ARJONILLA TERRERO



ESPAÑA EUCARISTICA

El Rey Felipe II asiste a una procesión
del Corpus en el Monasterio de Yuste

POR MARCELINO GONZALEZ-HABA.

LA vocación eucarística de los Reyes de la Casa de Austria, fué, como una copiosa herencia de bendiciones, adquirida de sus gloriosos progenitores, que floreció en nuestro pueblo en torno a la presencia real de Jesucristo en la Sagrada Eucaristía.

Ya en la procesión del *Corpus* de Barcelona, el año 1424, el Rey Alfonso V fué portador de una vara del palio. Y en la de 1535, asistió el César español, llevando también otra vara del palio. Los Reyes Católicos, en 1498, tomaron parte en tan celebrada festividad en Zaragoza, y su glorioso nieto Carlos V, en la misma ciudad, acompañó al divino Jesús Sacramentado, en la procesión del año 1518, llevando las varas del palio, además, los embajadores de Inglaterra, de Francia, Portugal y Venecia, asistiendo también el Cardenal Adriano, que poco después habría de ser exaltado al Solio Pontificio.

Lo cierto es, que desde los claros albores de la festividad del *Corpus*, el pueblo español se consustanció con el pensamiento radiante de la Iglesia. Sentía la presencia real de su Dios, velado bajo la gasa blanca de una hostia de pan de flor de trigo de nuestras eras, y cuando lo veía en pase triunfal por calles y plazas, se volcaban los corazones en incendios inflamados de piedad y alborozo.

Tanto en las procesiones del *Corpus* como en los autos sacramentales, tomaban parte, del Rey al último vasallo: Era el día grande de todos los españoles. Pero singularmente, los *autos sacramentales*, adquieren forma definitiva, por la compenetración feliz, entre el dogma teológico y el arte dramático, quedando como un monumento perenne, único en su género, y como un florón egregio de la España de los Austria.

Así, el *Corpus Christi*, llegó a ser en los siglos dorados del Imperio español, la más ardiente y viva expresión del catolicismo nacional frente a la incredulidad y sacrilegios de la apostasia protestante: Una fiesta de plenitud litúrgica y española, la fiesta más popular cuando España era universo y andaba empeñada en empresas celestes y singladuras misioneras.

Pero aconteció, que el César Carlos V, fatigado del pago y la responsabilidad de tantas coronas, decidió elegir para última morada de

su gloriosa existencia, el Monasterio de Yuste, lugar de ensueños, enclavado en una de las zonas más ricas y opulentas de La Vera, en esta provincia extremeña. Y allí, llegó desde Flandes, desembarcando en Laredo, tras pequeñas jornadas, el soberano más poderoso del mundo, para sepultar en aquel retiro las grandezas y el fausto de su dilatado Imperio.

Su vida casi monacal no le impedía adivinar el rumbo de los acontecimientos políticos. Desde este bello rincón cacereño, el César seguía influyendo en los graves negocios del orbe. Y más de una determinación de su hijo fué orientada por el consejo experto del que tan bien conocía las complicadas tramas de la política mundial.

Más, un año, la Majestad católica de Felipe II, se encaminaba hacia Yuste para visitar a su egregio padre el Emperador, coincidiendo la llegada del Rey con la áurea festividad del *Corpus*. La Comunidad de religiosos jerónimos esperaba al Príncipe para recibirle con todos los honores de su elevado rango, ordenados en procesión a la puerta del templo. Y como a este Rey Prudente y cristiano, le pareció que aquel día tan señalado del Señor, no debía haber más procesión que la de Jesús Sacramentado, Rey de Reyes, al llegar, disimuló cuanto pudo su entrada en el convento por la portería, sin ser conocido.

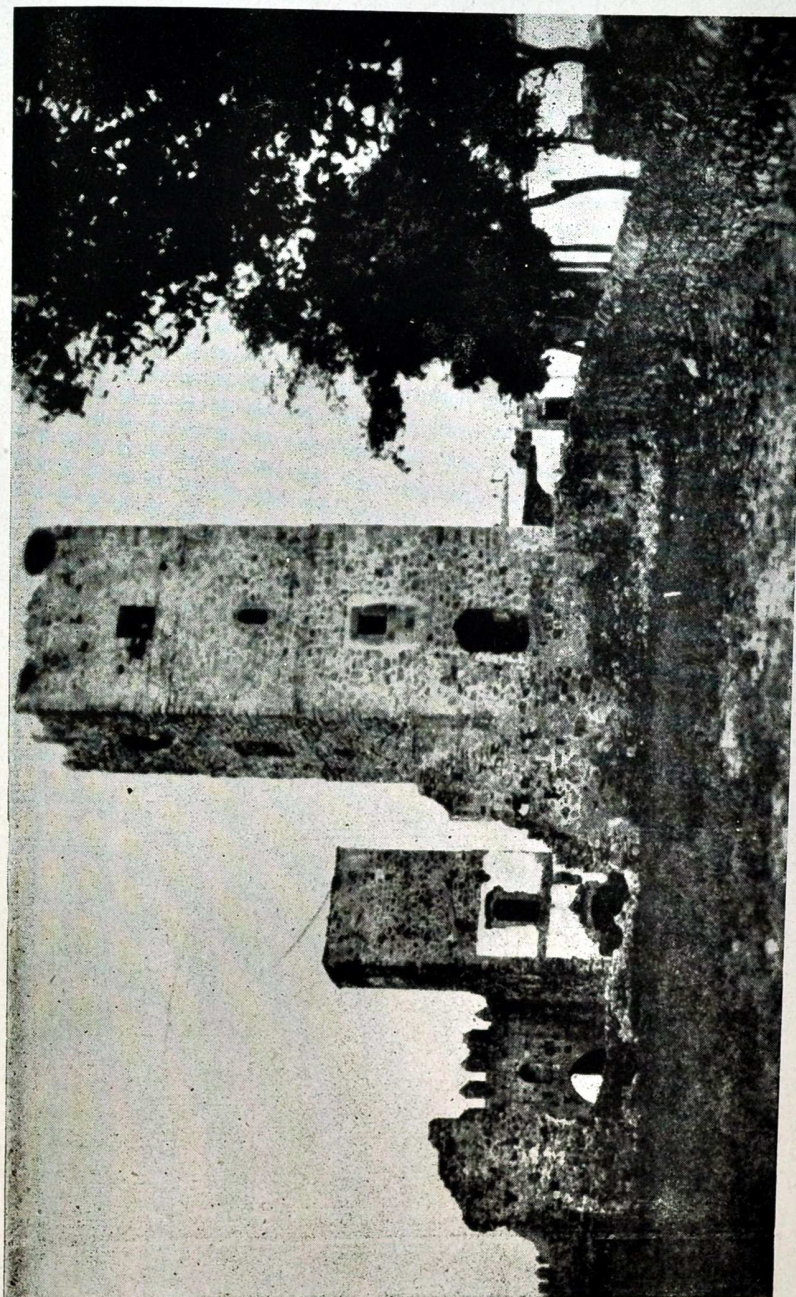
Poco después, mudado de traje, y con la severa elegancia y sencillez de este humilde y esclarecido Soberano, bajó luego, a tomar parte en la solemne procesión del *Corpus*, acompañando a Jesús Sacramentado, con una vela encendida, entre altos rumores de la más bella liturgia y el olor de abolengo, peculiar de las plantas aromáticas y las estrofas sonoras del Sol de Aquino, florecidas en lindas metáforas del Sacramento.

Destacado tan poderoso Monarca, parece que hacía gala de aquella proverbial frase suya: «Que el sol del *Corpus* jamás molestaba a ningún español».

Esta ferviente devoción del Rey al Santísimo, señala una robusta fe en el Misterio *fidei*: En su testamento dispone, que aparte las Misas y consumo de cera, siempre hubiera en El Escorial, dos religiosos en oración delante del Sacramento. El rico mueble que usaba para la guarda de los secretos personales y de Estado, fué regalado al famoso Monasterio de Guadalupe y hoy se encuentra en el maravilloso altar mayor de Sagrario.

En vida y muerte, quiso Felipe II estar loando al Señor. Y conocida es su preocupación en las Indias por el adecentamiento de las iglesias y la construcción de templos para albergar en ellos a Jesús Sacramentado: No sabemos, si Santa Teresa copió de nuestro Monarca este celo por multiplicar los sagrarios, o fué el Rey, Felipe II, quien imitó a la Santa castellana en su afán de compensar el desgarrar de los pueblos separados de Roma por la falsa Reforma.

Los sucesivos Reyes de la Dinastía austriaca dieron también claras pruebas de su más encendido amor eucarístico. De Felipe III, es la Cédula de 4 de Febrero de 1619, por la que se previene a los preladados de Indias, que celebren todos los jueves del año, en las iglesias catedrales, una Misa del Sacramento, «para que, renovándose la memoria de este



ALBUM EXTREMEÑO. - Trujillo: El Castillo. (Foto Javier).

divino Ministerio, crezca la fe de los fieles», suplicando, poco después, al Papa, que extendiera esta devoción a toda la Cristiandad. Felipe IV, en vista de una arribada feliz de la flota de Indias, en 1626, libre del grave acecho de los piratas, en acción de gracias, manda celebrar funciones todo el año en honor del Sacramento del Altar. Y cuando los ingleses, por haber tomado el castillo de Chagres, amenazaban con dividir el Imperio español y vigilaban desde lo alto del istmo el tráfico de nuestras unidades marinas, dicta una Cédula promoviendo procesiones y rogativas con el Santísimo para implorar socorro del cielo, contra el hereje, enemigo de Dios y de España.

Hasta el mismo Carlos II, ocaso de una Dinastía que comenzó a lucir con soles de gloria y triunfos ecuménicos, repite las disposiciones piadosas de sus antecesores en honor de Jesús Sacramentado.

Por esta vía, ancha y abierta, soleada con celestes reflejos del Sagraio, a lo largo del tiempo, la Casa de Austria, con su catolicismo recio y profundo, de tonos apoteósicos, avivó en la hoguera nacional sus tradicionales ardores eucarísticos.

Una maravillosa expresión floral del Misterio y de la ardiente fe, en el Santísimo Sacramento, que iluminaba la vida de esta Dinastía aparece representada en el lienzo que se conserva en la Clerecía de la sabia y vieja Salamanca, y en el que se destaca, una colosal Custodia a la española, resaltando en el centro, la Hostia, como vestida de silencio y blancura resplandeciente, al estilo de las mayestáticas solemnidades del *Corpus Christi* español.

La significación del cuadro se divisa en la parte inferior, contenida en tan breves palabras: «Este es el Sacramento del Amor de los Austria».

A uno y otro lado, de la Custodia, aparecen los reyes y reinas arrodillados, adorando al divino Señor, despojados de los atributos de la soberanía que se encuentran a los pies del Sacramento. En las manos portan unas luminarias y unos corazones llameantes, como si hubieran saltado del pecho y se los estuvieran ofreciendo a Jesucristo, oculto en la Sagrada Eucaristía, y con los labios parecen, letificar al Dios del Amor para que alumbre la llama viva del triunfo final.

Pero el pensamiento dogmático trascendido del artista invita a creer, que aquellos monarcas y reinas de la Dinastía austriaca, que fueron reyes de España, son más bien, altas figuras representativas de la realeza, fundida y acrisolada durante varios siglos con el alma española. Entrañan la augusta representación de la Patria, la grandeza de un vasto Imperio, penetrado de afanes espirituales, pudiendo significar la temática original del cuadro otra idea central inspiradora de la obra: *Este es el Sacramento del Amor español*.

Porque así es la más rica y simbólica tradición española, blanca y dorada, sobre la Sagrada Eucaristía: *Ser el Sacramento del Amor de los españoles*: El signo señero y riguroso de nuestra unidad y el vínculo apretado de caridad, dentro del universalismo cristiano, según exclama, rendido de adoración, San Agustín, ante la Majestad incomparable del Dios escondido en la redonda eternidad de la Hostia consagrada.